

con acento

Más allá del cinismo

Denis Hopper

Cada vez que tomamos la prensa diaria en las manos, sobre todo desde hace cinco años, nos sobreviene un ataque de vulgaridad en estado puro y duro. Una vulgaridad cimentada en la más atrevida homogeneización de formas y de fondos, de tal manera que las ideas estéticas en la confección de los diarios han desaparecidos por completo, y las contradicciones de pensamiento apenas nos despiertan. Manda un gris apelonado, que hemos condensado en el epitafio histórico de *pensamiento único*. Es decir, de *no pensamiento*.

Tanto es así que se recuerdan aquellos tiempos en que las mismas palabras constituían instrumentos ideológicos para sobreponerse a la cruel censura, en un juego nacional de carácter tan inteligente como cínico: se odiaba al escribir que se amaba y se intentaba fracturar el franquismo mientras se escribían lisonjeras anécdotas del mismo, como dándonos la vuelta al NODO. En un clima casi litúrgico, la prensa opositora en tercer grado, levantaba cada mañana y cada tarde un monumento a la inteligencia cínica,

pero en beneficio de la inteligencia casi revolucionaria: antes de las transiciones, la palabra revolución siempre se pronuncia con entusiasmos no dubitativos. Después...

Y sin embargo, algo queda. El diario que lidera la internacional/nacional del pensamiento progresista llamada PRISA, y que sería obviedad nefasta citar, regala en sus páginas dos firmas de tal inteligente cinismo que, muy a pesar suyo, van siempre más allá del cinismo inteligente para instalarse en el terreno del pensamiento más feroz por disoluto y disolvente. De una parte, Vicente Verdú, nuestro especialista en derrumbamientos de todo costumbrismo tradicional, ocupa, a días, la columna de la última página, que comparte con la inspirada Maruja Torres, el cosmovisimo Juan José Millás o el empedernido marxista que es Vázquez Montalbán, además de un Manuel Vicent en estado magistral, junto a otros, con una esmerilada elegancia.

Verdú toma y destoma todo elemento cotidiano del pasado, hasta

lanzarlo a las tinieblas exteriores y aplaudir el advenimiento de cualquier sustitutivo hodierno. O bien, sin sustitutivo alguno, casi por placer, de la destrucción lingüísticamente neutra y emocionalmente controlada. Disolución del pasado desde un cinismo inteligente, que todavía exaspera más. Y que, de pronto, te congela la primera sonrisa.

Pero esta forma de comunicación para lectores avisados y un tanto dispuestos al mejor masoquismo, adquiere tintes de un apetitoso integral en esa breve columna de la sección Televisión/Radio, titulada *visto/óído*. El pesimismo más feroz de la prensa diaria española, Eduardo Haro Tecglen, suele abordar algún instante televisivo o radiofónico para transformarlo en acicate de biempensante y en sucinta epopeya de su canibalismo conceptual. Ahora el mismo lenguaje, que en Verdú era trampa, aquí resulta atropello descarado: nadie queda con cabeza, ni rey ni roque, sin contención posible. Haro Tecglen escribe desde el vacío de una especie de resentimiento tan inteligente como cínico, pero que se hace iracundia, desprecio y enterramiento civil desangelado y triste. Ningún otro trallazo mediático

puede comparársele, ni los expedidos por Moncho Alpuente, ni tampoco los encerrados en los guñoles de Canal Plus.

El lector preguntará, llegado aquí, si Verdú y Tecglen, así descritos, valen la pena. Pues sí. Sin duda alguna. Porque enervan las neuronas, combaten la complacencia limpian las legañas del neoliberalismo, conmueven las instituciones, te sacan de quicio, y, además, te obligan a pensar. Es la recuperación del poder de la palabra en cuanto palabra, hasta rehacer de la columna periodística dardo, flecha puntiaguda y censura censora de todo lo que solemos admitir de antemano sin pestañear. Está claro que tantas veces no consiguen convencernos, pero tan siquiera lo pretenden. Ambos a dos nos llevan, no precisamente a volandas, más allá del cinismo.

Todo el que desee alcanzar cotas alejadas del pensamiento único, léalas, con la seguridad de que disfrutará intelectualmente, aunque deje trocitos de fácil esperanza en el camino. Riesgos del asunto. ■